LIBRO OCTAVO

Entre nubes

Una ascensión en globo

Era una promesa hecha á mis dos jóvenes compañeros de viaje; pero esperaba no ser obligado á mantenerla. Ya estaba arrepentido de haberlo prometido, cuando desde un barquichuelo del lago vi suspendida en el cielo de Ginebra aquella bola color de patata, gorda como una naranja, y al pensar en que tendría que meterme dentro de ella al día siguiente, fuí presa de un principio de vahido.

El siguiente día fuí afortunado; encontramos escrito sobre la puerta del recinto:—*Vent trop fort, ascensions suspendues*;—y esperé que el viento continuaría soplando con fuerza. Pero á la mañana siguiente el cielo estaba límpido, el aire inmóvil, el hado inexorable.—Cúmplase vuestra voluntad,—dije,—así en la tierra como en el cielo,—y me encaminé á la estación de partida para las regiones etéreas, con el buen humor de un condenado á presidio, atemperado, sin embargo, por una curiosidad de la nueva sensación que iba á experimentar.

***

Próximo al recinto encontré á un buen amigo mío de Turín, y lo invité á hacer la ascensión con nosotros. Creyó que hablaba de montañas.—No,—le dije,—en el globo de los señores Baud, de Lossana.—Tú quieres burlarte,—me respondió, y golpeando con un pie la tierra:—Yo amo ésta,—añadió. Y me dió la razón de su repugnancia. Era un recuerdo de veinte y siete años antes. Un conocido suyo, en Florencia, quiso satisfacer el capricho, soltando un centenar de liras, de hacer una ascensión aerostática con otros tres ó cuatro señores. Pero había contado con un «valor físico» que no tenía. Partido apenas el globo, con la rapidez de una flecha, del *Politeama* Víctor Manuel, se había puesto pálido como un muerto, habíase acostado en la navecilla como un perro, y estando así, volcado y temblroso, no hacía más que repetir como un necio:—¡Cala, cala, cala!—durante todo el viaje; terminado el cual, y llevado á su casa en carruaje, habíase metido en cama y había tenido para un mes.

Agradecí al amigo su amistosa amonestación, pagué en un postigo el bello placer que me esperaba, y pasando por entre los hierros de un contador, me encontré frente á la enorme esfera de seda chinesca, encerrada en una red de cuatrocientas cuerdas é hinchada por 3.500 metros cúbicos de hidrógeno, que habían de llevarme donde no deseaba ir.

***

Apenas hubimos entrado, llegó una multitud de gentes de todos los paises, entre ellas señoras y señoritas empenachadas, mucho más impacientes que yo de elevarse á vuelo, y que discutían en diez lenguas diversas acerca de la fuerza de resistencia de la seda y de las cuerdas, de las válvulas automáticas y del globillo compensador, como si hubiesen hecho un curso completo de aerostática.—Pero nosotros tenemos la *fortuna* —así dijeron mis dos compañeros—de ser de la primera tanda. Los afortunados éramos

once, sin contar al capitán; porque hay un capitán con el birrete galoneado, un grueso svizzero rubio y flemático, á quien serán confiadas nuestras vidas. Y nos apretamos todos en un grupo, con nuestro billete numerado en la mano, que hizo nacer de súbito entre nosotros una familiaridad de compañeros de aventura. Eran éstos dos obesas señoras de cuarenta años, dos pequeñas imágenes del aerostato, y el marido de una de ellas, á quien oigo llamar por los otros viajeros *monsieur Charles*, esférico como su compañera, un rostro de buen hombre angustiado, que demuestra una pasión por la navegación aérea, menos ardiente que la mía. Por las miradas inquietas que dirige á todos sus compañeros de viaje, comprendo su pensamiento. Parece que el acaso haya cosechado para la primera hornada—hecha excepción de mis hijos—las más majestuosas moles humanas de Ginebra. Uno es un verdadero coloso. ¿Será suficiente la fuerza de resistencia de doscientos kilógramos que tiene cada una de las cuatrocientas cuerdas?—Esta pregunta se lee en sus ojos y en los ojos de otros, que se examinan recíprocamente con atención, como para pesarse. El coloso, un joven svizzero burlón, dice en voz alta;

—¿Dónde iremos á caer? ¿En alguna grieta de nevera ó en un lago? ¿O iremos á enfilar en los pinos de Brünig? El corazón no me dice nada de bueno.—*¿Tu l' entends?*—pregunta *monsienr* Carlos á su esposa; y yo cojo al vuelo un *tais toi, c' est ridicule*, que me revela claramente que es ella, con aquel pico imperioso de papagayo, quien quiere hacer la ascensión, y que él se ha decidido á aventurarse en el cielo para evitar una batalla sobre la tierra. Otro—un grueso tudesco amarillento—no me parece más maniático que yo por abandonar el globo terráqueo.—*¿Souffrez vous la fertige?*—me preguntó al oído.—Más de lo necesario para divertirme,—le contesté. Finalmente, cae la cadena que cierra el paso, y por un puente móvil subimos sobre la navecilla, donde el capitán distribuye *nuestra gra-*

Son estas dos obesas señoras de cuarenta años.....

vedad de modo de mantener el equilibrio. Una voz grita: —¡*Atención!*—Todos se vuelven hacia un punto, donde descubro la principal razón por la que muchos se deciden á aquel viaje: una gran máquina fotográfica da vueltas hacia nosotros. Todos toman actitudes de aeronautas temerarios.—*C' est fait.*—grita el fotógrafo.—¡Aflojad!—ordena el capitán.—El peso deja de gravitar. El capitán da un silbido; seis criados de uniforme desatan á la vez de las anillas las seis cuerdas que os sujetaban aún al planeta... y el globo se eleva...

***

¿No es más que esto? Es una delicia. La ascensión es lenta. No parece que se suba. Yo me encuentro entre el coloso y *monsieur* Carlos, que me da la espalda, mostrándome de perfil su rostro pálido, que parece la fotografía animada del Susto. Esto me da ánimo. Y todo va bien, hasta que miro lejos, al horizonte, que se va gradualmente alargando. Pero en cierto momento cometo la imprudencia de inclinar el rostro sobre el largo vacío central que dejaba la navecilla, y de mirar hacia abajo á filo de mis pies, midiendo con una ojeada todo el espacio—un par de torres de Giotto—que nos separa ya de la tierra. Me eché hacia atrás súbitamente; pero demasiado tarde ya: el vértigo me ha mareado. Fué sólo un minuto; pero... largo. Una sensación vergonzosa tuve de acurrucarme dulcemente entre los dos parapetos de la barquilla, inclinando la cabeza y cerrando los ojos. Una mirada me salvó: ví la mano con que *monsieur* Carlos estrechaba una de las cuerdas y la violencia compasiva de la emoción que indicaban sus músculos hinchados y temblorosos en aquella apretura de naufragio, y distrayéndome, me reanimé. Me quedó un malestar no menor, aunque nuevo enteramente, y difícil de explicar: un maldito deseo de sentarme, un sentimiento de «soledad física», un sentido fastidioso de un peso, cuasi un espanto de la flexibilidad de los mimbres de

aquel canasto odioso, sobre el que apoyaba el costado...

—*Parfaitement desagreable,*—oí decir á una de las dos señoras, que no veía.—*C' est ça,*—respondí entre mí;—era también mi opinión. Es extraño; no tenía casi conciencia en aquel momento de la ley física en virtud de la cual subíamos, ni del aparato maquinal que nos llevaba; me parecía que nos elevase en alto alguna desmesurada ave de rapiña, á vuelo lento y silencioso. La barquilla no hacía el menor movimienio, ni las cuerdas el más ligero ruido; habría jurado que estábamos inmóviles en el espacio.—*C' est egal; ce ne sera jamais mon métier,*—dijo una voz.—Ni tampoco el mío,—pensé.—¡Qué se dice del mar! Es un elemento pérfido; pero os sentís sobre alguna cosa, sobre algo que en algún modo os puede regir; pero el aire... el aire no es nada. No, no sería jamás este mi género de *sport*, si debiera escoger uno. Cien veces mejor la bicicleta.—Y todas aquellas frases con las cuales se suele expresar un sentimiento de alegría ó de entusiasmo: —«Parecer elevado por encima de la tierra;»—«volar sobre este bajo mundo;» —«sentirse arrebatado en lo alto,»—parecíanme fanfarronadas retóricas. En verdad, no había creído nunca ser tan extremadamente aficionado, como me sentía en aquel cuarto de hora, á mi planeta nativo.

***

Debajo, en tanto, los rios se volvían arroyos, riachuelos, las casas cajitas, los parques redes, los hombres insectos, como si una fuerza monstruosa apretase, recortase, contrajera todas las cosas. ¡Espectáculo admirable! Ginebra dorada por el sol, el Arne y el Ródano plateados, una vasta corona de colinas sembradas de aldeas y de ciudades, la grande media luna color celeste del lago de Leman, los montes verdes del Quina y las rocas grises de la Saboya, la soberbia cadena del Monte Blanco, una inmensidad de azul, de verdura y de nieve, hecha por la mirada de un

águila. En aquella inmensidad expléndida, las dos señoras pretendían buscar la isla de Rousseau y el castillo de Voltaire. Otros dos oí, que discutían sobre el confín de la Francia.

—*Voilá le capitaine qui lit son journal,*—dijo el coloso. En efecto, el capitán leía tranquilamente la *Tribune de Genève*, como si hubiera estado en una sala del *Café du Nord*. Esa observación pareció que tranquilizara algo á *monsieur* Carlos, que intentó bosquejar una sonrisa; si el capitán leía el periódico, no había peligro inminente de un desastre. Pero una voz que dijo:—*Nous dévions,*—lo turbó de nuevo. Se había levantado, en efecto, un poco de aire; la gran bandera svizzera atada al polo inferior del aerostato, se agitaba; el globo era desviado algún tanto de la dirección del recinto del que había partido. Pero ningún movimiento era sensible. *Monsieur* Carlos observaba con una mirada oblícua el dinamometro colgado en el anillo de acero, como si le indicase el grado variable del peligro, y no separaba los ojos sino para echar alguna rápida mirada dentro del cercado de la Exposición. ¡Ah! ¡La Exposición vista desde aquella altura! Parecía que aquello fuera en realidad pueblos de juguete. Veía una ciudad carnavalesca dividida en dos por un arroyuelo, simétrica por un lado, desordenada por el otro, variada de cien arquitecturas de mil colores, que elevaban las cúpulas, las agujas, las torres, las fachadas pintadas, los techos á cono y á pirámide, brillantes y abanderados, sobre un laberinto de jardines y de bosquecillos blanquecinos de surtidores y de cascadas, y por todos lados un bullicio de séres minúsculos que entraban y salían por mil aberturas y se agrupaban en la gran vía, larga como un dedo, y en la plaza, grande como la mano, como un pueblo de hormigas muy ocupadas. Ví pasar sobre uno de los dos puentes del Arve el tranvía eléctrico que daba la vuelta á la «Mostra». ¡Qué miseria! Un escarabajo amarillo huyendo sobre una varita á través de un hilo de agua. Me dió en el ojo, en una extremidad del cercado, un

algo de la grandeza y de la forma de una media cáscara de huevo cortado á lo largo: era el gran circo para las justas y para las fiestas gimnásticas, situado á la orilla del río, al lado de allá de la «villa svizzera». Y la gran villa, la maravilla y el triunfo de la Exposición, parecía formada de *chalets* robados de la vitrina de una tienda de Brieux; una cosa para coger con dos manos y llevársela para entretenimiento á un niño. Sobre la plazoleta de la iglesia de la villa se veían mover puntos rojos y blancos. Debían ser las bellas muchachas svizzeras que se preparaban para la danza nacional. ¿Cómo era que por uno de aquellos puntos rojos, hombres tan hechos pudieran perder la paz?

***

—*Nous descendons, monsieur?* (1)—me preguntó *monsieur* Carlos, sin mirarme.

—*Nous, nous montons toujours* (2).

—*Diable!*

Parecíale que había ya bastante para lo que había pagado. Y si yo dijese que me sentía todavía acreedor no diría la verdad. Estaba mucho mejor, sin embargo; tanto que me hice á mí mismo esta observación:—Que necesidad tengo de estrechar tan fuertemente la cuerda con la mano derecha?—Y aflojé la mano un poco. Y me arriesgué á mirar otra vez por la abertura del medio—una sola ojeada, respetuosamente transitoria—que me bastó para ver abajo—á una profundidad de abismo—la multitud de los viajeros esperando—una mancha obscura punteada de rosa, con los rostros que miraban á lo alto, hacia el pequeño mundo de seda y de gas, desde el cual yo miraba á ellos con un deseo amoroso de alcanzarles. Después me recogí en la admiración del lago de Ginebra, una mancha de agua clara, en la que los grandes barcos aparecían como mosquitos anegándose y como si se debatiesen sin hacer camino, y la larga hilera de villas y de ciudades de la ribera septentrional semejantes al florecimiento de pequeñísimos capullos multicolores, agrupados en guirnaldas y en macetas, con los ojos inmergidos en el agua. ¡Qué dulce silencio! Ni el rumor de la galería de las máquinas, ni el campaneo festivo, ni el mugido de los cornudos de la villa svizzera, ni la música bárbara del campamento de los negros, ni los gritos de los árabes vendedores del «café de las hadas» llegaban ya á nuestra «soberbia altura» donde un aire purísimo, dilatándonos los pulmones, parecía que se infiltrase en todas las venas y nos rejuveneciese la sangre y el espíritu. ¡Oh! todos los otros modos de viajar inventados por el ingenio humano, con los cuales se camina sobre el agua ó sobre la tierra, entre el humo, el estrépito y el polvo, molestados por la imagen de un esfuerzo contínuo de las cosas, ¡cómo os parecen groseros, fatigosos y humildes, en comparación con aquella ascensión dulce y muda de nubes acariciadas por el aire, del cual no se sentía ni se veía el movimiento, como si no nos moviésemos, y sólo se alejase de nosotros la tierra! Nadie hablaba ya, ni atendía á sus vecinos. Cada uno, desde aquella terraza aérea, bebía él solo, como un goloso, la gran belleza, no diciendo una palabra por no perder un sorbo, en una actitud de admiración inmóvil, muy parecida á un estupor profundo.

(1) ¿Bajamos ya, señor?
(2) Subimos, siempre.

***

Pero aquí oigo á un lector impaciente que me pregunta: —Y bien, ¿y después? ¿Qué emoción experimentaste cuando no viste ya la faz de la tierra? ¿Cuándo empezaste á sentir dificultad en la respiración? ¿Cuándo comenzó la hemorragia por las orejas? ¿Cuándo los primeros deliquios?

En este punto, para quien no haya comprendido todavía,

debo hacer una declaración, muy dolorosa, por cierto, para mi vanidad. Debo decir, que atada al globo había una cuerda cilindro cónica, de un diámetro de veintinueve á treinta y un milímetros, tegida de cáñamo de Nápoles, de calidad superior, capaz de sostener un esfuerzo de más de nueve mil kilógramos, y que esta cuerda—debo decir también esto—descendía hasta la tierra, donde se enroscaba en torno á un cilindro, movido por una máquina de vapor de veinticinco caballos, la cual... En suma, el globo estaba *enfrenado*..... era un globo cautivo.—Está dicho.

Y ahora, bien podéis encoger los hombros cuanto os plazca; pero el bajar de una altura de seis millas ó de quinientos metros, me parece que el efecto hubiera sido poco más ó menos el mismo. Y esto basta. Y era ciertamente del mismo parecer *monsieur* Carlos, que me preguntó una vez más sin volver la cabeza:—*Nous montons toujours?—Nous montons toujours.*—Y entonces perdida la santa paciencia, exclamó:—*Eh! qu'est ce qu'il f... donc, ce capitaine avec son f...u journal?*—No creía poder dar una carcajada en aquellas alturas; pero el fenómeno acaeció.—*On nous á trompé*—exclamó el coloso, para burlarse del pobre hombre;—*il n'y á plus de cable et c'est una ascension libre que ce nous faisons!*—Un *nom de Dieu* inimitable hízole eco, que el buen Dios debe haber perdonado, tanto semejaba más á una súplica que á una blasfemia. Y la burla cruel de mi vecino hubiera continuado, si no se hubiese oído una voz del otro lado de la barquilla, que dijo fuerte:—*Wir gehen hinunter*—(ya bajamos). Dulce lingua tedesca. ¿Pero era verdad? No nos habíamos percatado de la descensión, como no nos percibimos de la subida. Alguno sostenía que aún se subía: otro decía que se estaba inmóvil. De todos modos, se descendía tan lentamente, que no se podía asegurar el crecimiento de las cosas que estaban debajo, por no ser perceptible todavía en aquel primer tiro. Pero la incertidumbre fué breve. Dando una mirada abajo, vi á Ginebra más

vasta, el Arre dilatado, la arquitectura de la Exposición agrandada, todo el hormiguero negro esparcido por el laberinto de calles y plazoletas, que comenzaba á recobrar el aspecto de una multitud humana. Después la descensión se hizo por momentos más sensible. Debajo, sobre el frontis del palacio de Bellas Artes, sobre las fachadas, dentro de las redes, en los jardines, parecía que las estátuas crecían, que las pinturas tomasen vida, que las flores brotasen, que los surtidores se elevasen á saltos; un murmullo confuso, sobrepujado por mil sonidos esparcidos de voces, de agua, de ruedas, de músicas, os llegaba en *crescendo* á los oídos; y mirando por el agujero de la barquilla las pequeñas caras vueltas hacia arriba de la multitud que nos esperaba abajo en el recinto, semejantes á un canastrón de miel de rosas, empecé á distinguirles los cercos de los ojos y las negras aberturas de sus bocas abiertas. Un minuto más, y he aquí los cientos de rostros sonrientes, los cria dos que corren,... y, hénos también á nosotros atados de nuevo por seis sólidos ganchos á la superficie terrestre.

¡Oh! ¡querido prójimo mío! ¡muy dulce me es el vivir bastante á menudo lejos de tí; pero no encima y en el espacio infinito! No estoy orgulloso. Y no fuí de los últimos en pasar el puentecillo móvil que me devolvía entre la humanidad caminante. El primero, se entiende, fué *monsieur* Carlos, con el rostro todavía anublado. Los conocidos que le esperaban, lo asaltaron á preguntas. El, lanzóles al pasar una ojeada, «á golpe de hoz», y contestó en voz ronca: *¡Delicieuse!*

—¿Has visto?—me preguntaron mis dos jóvenes compañeros.—Otra vez haremos una ascensión libre.

—Figuráos,—contesté—que nada veo ahora.—Pero añadí para mis adentros:—Sí; en la Exposición internacional de Carmagnola.

FIN